

FIN DEL SEGUNDO LIBRO DE LA SEGUNDA PARTE
 DE LA HISTORIA DE LA PROUINCIA DE
 NUEVA ESPAÑA, ORDEN DE
 PREDICADORES.
 LAUS DEO.

LIBRO TERCERO
 DE LA
 SEGUNDA PARTE
 DE LA HISTORIA DE LA PROUINCIA
 DE SANTIAGO DE MEXICO,
 ORDEN DE PREDICADORES
 EN LA NUEVA ESPAÑA.

CAPITULO PRIMERO.

De la eleccion de Prouincial que se hizo año de 1624, y de lo sucedido en Mexico este año. 1624.

A once de Mayo del año de mill y seiscientos y veynte y quatro se junta-
 ron los Padres a quienes pertenece elegir Prouincial, en el Conuento
 de Santo Domingo de Mexico, y salio electo el P. Fray Diego de Monroy,
 predicador general, que actualmente era Prior de dicho Conuento de Mexi-
 co, y natural de la Nueva España. Nacio en la ciudad de Zacatecas y reci-
 uio el hauito y professó en el insigne Conuento de Santo Domingo, de esta
 ciudad de Mexico, donde a quince de Henero de este año sucedio vn caso,
 que aunque esta historia con particular aduertencia ha excussado tratar de
 cosas que no pertenecen a nuestro Instituto, a ésta no deue huir el cuerpo por
 muchas razones: la primera, porque toca al Conuento de Mexico, por hauer
 amparádose en él la persona que fue causa, sin culpa suya, de lo sucedido;
 la segunda, como cosa eclesiastica, y que por defender el Arçobispo los fue-
 ros de nuestro Conuento, tuuo el efecto que se dirá; la tercera y mas prin-
 cipal, es voluer por la verdad, que aunque es tan notoria, no ha faltado quien
 la calumnie y cargue pesadamente a tan noble y leal ciudad como la de Me-
 xico, donde me admira, por no decir me escandaliza, ver y leer lo que algu-
 nos en descredito de los que nacen en esta tierra han escrito, que sin tener
 caussa para ello, ni compelerles superior mano, ni hauerse de sacar proue-
 cho ni vtilidad de lo que escriuen, tengan audacia de hablar mal de vna Na-
 cion que aunque fuera la peor del mundo y la obligacion les apretara a dar
 sentencia en contra, hauian de excussar todo lo possible dar a la emprenta
 censura tan rigurosa, no contra vn sugeto singular, que aun de qualquier
 muy comun que sea es accion christiana no afrentarle, quanto mas a vna Re-

Eleccion de
 nuestro P.
 Fr. Diego
 de Monroy.

publica tan insigne y a vna Nacion tan noble y calificada. Si fuera extraña en sangre, en lengua y en fee, vaya; pero de vna Nacion propia, de la misma sangre y decendencia, de hijos y nietos de españoles, solo porque nacieron en las Indias han de ser oprobados y se ha de escreuir en agrauio suyo! Asumpto era éste para conuencer tan siniestras relaciones y dilatarse en la defensa natural y prouar con euidencia la verdad, que el engaño o passion contradice; mas mi profesion no pide tratar de esta materia, aunque justificada, por no mezclar con la defensa calumnias y faltas que cauen en los que tan arrojadamente han escrito, y era menester gastar muchos libros para decir lo mucho que la noble Republica Mexicana ha seruido a nuestros Reyes y Señores; y seria cosa muy larga referir los innumerables sugetos excelentes en lo eclesiastico y seglar que ha producido esta ciudad, y los insignes en nobleça, letras, armas y virtud y gobierno, en que han florecido hijos de la Nueva España.

Lo que sucedio en Mexico con verdad y breuemente, fue: que vn cauallero del hauito de Santiago vino de España a esta tierra con vn oficio que llaman Alcalde Mayor, de Metepec. Estandole exerciendo tuuo capitulos de que conocer el Marques de Gelvez, Virrey de esta Nueva España. D. Melchor de Varaez, que assi se llamaua el dicho cauallero, vino a Mexico en orden a sus negocios. No deuian de estar de calidad tal, que el temor del Virrey le obligó a asegurar su persona y se entró y retrajo en el Conuento de Santo Domingo de dicha ciudad, donde los Prelados lo tuuieron y agasajaron muy honradamente, sin mas atencion que ser persona noble, y que se valia del amparo religioso y de los fueros y preuilegios que los monasterios goçan en las Republicas christianas. Aposentaronle en vna celda cerca de la enfermeria. El Virrey, sea por los motiuos que quisiese, le puso guardas a la puerta de la celda, y estaua el cauallero dentro de ella como si fuera en vna carcel. El Arçobispo de Mexico, D. Juan de la Serna, salio a defender la inmunidad que se deue a tales lugares. Pidio se quitassen las guardas que estauan dentro de la clausura religiosa, no se obedecio; hiço notificaciones, no aprouecharon; puso entredicho que duró muchos dias; hacianse pedaços las campanas, y a sus clamores y golpes mas duro el Virrey; y llegó a tal extremo, que por su mandato hiço que sacasen de la ciudad al Arçobispo, y tuuo dada orden le lleuasen al puerto de la Veracruz. Sacaron de la ciudad al Prelado y Pastor en vna carroça, que fue a trece o catorce de Henero. Viendose el Arçobispo en poder del braço seglar, quiso valerse de las armas espirituales. Mandó poner *Cessatio a diuinis* en Mexico. Executose a quinze de Henero, a las siete de la mañana, en la Cathedral, y luego se notificó a todos los Conuentos e iglessias, que obedecieron luego puntualmente. Aqui fue el desconsuelo y afliccion de Mexico: considerar a su Pastor desterrado, la ciudad y templos sin el culto diuino, las iglesias sin sacramentos y cerradas. No quiero decir el rumor y voz que corrio en toda la ciudad, porque no es creible ni hay fundamento para imaginarlo, quanto mas para creido. Fue cosa digna de notarse que algunos dias antes de ponerse *Cessatio a diuinis*, los dias que duró tocar el entredicho concurrio mucha gente a los templos a confesar y comulgar, y fue de manera, que yo noté la mucha que acudio a nuestra iglesia; y pregunté qué era la causa, y me respondieron que se presumia se hauia de poner *Cessatio a diuinis*, y assi la gente se preuenia en receuir los Sacramentos, porque despues no tendria oportunidad para ello. Quando se notificó en nuestra iglessia estaua yo diciendo misa en la capilla

de

de Ntra. Sra. de Atocha, y al tiempo de alçar la Hostia fue grande el ruido y voces de la gente que estaua en nuestra iglesia. Paré, y salio la gente, y al alçar el caliz no la hauia ya. El desconsuelo, las lagrimas y lamentaciones que hacian los fieles, y principalmente las mugeres viendosse echar de las iglesias, no es decible: todo era confusion, dolor y pena. Pasaua por la plaza y por cerca de la Iglesia Mayor, en vna carroça, aquella mañana, vn cierto Secretario que iua a Palacio, y al passar dijo vn quidam: «Alli va el descomulgado.» Se inquietaron vnos muchachos, començaron a apedrear la carroça, que a todo correr se entró en Palacio. Cerraron las puertas de él. A esto se hauia juntado mucho pueblo y gente baladi, y con alboroto clamauan: «¡Viua la fee!» Llegó su inquietud a tanto, que fueron a las casas del Santo Oficio y clamauan por el estandarte de la Fee. Fue multitud de pueblo a nuestro Conuento, que aunque tenia muchas puertas cerradas, fue a la muchedumbre facil la entrada. Sacaron al dicho cauallero de donde estaua preso, y si los que hacian oficio de guardas no se ponen en cobro, costárales muy caro. Noté y ví como quien estaua presente, que con ser tanta gente de diuersos colores y obligaciones, ninguno se descomidio con Religioso; y lo que mas dijeron, que sacauan de nuestra casa a aquel cauallero, porque no sauiamos defender las inmunidades de él: y decianle, porque hauia hauido guardas dentro de nuestros cercos y clausura. Si mucho fue el alboroto de aquella mañana, mucho mas fue el de por la tarde. Llenose la gran Plaza de Mexico de gente, y de lo alto de Palacio tiraron y dispararon arcabuces. El Pueblo, irritado, acometio al Palacio y entró dentro, y puso fuego a vna puerta. Clamauan y decian: «¡Viua la fee y muera el mal Gouierno!» La dicha fue que escapó el Virrey con la obscuridad y multitud, quitandose los anteojos que traia siempre y aun el hauito de Santiago, y guiandole vn cauallero mexicano llamado D. Pedro de Medinilla, que le sacó de Palacio en medio de aquella confusion sin ser conocido, que si lo fuera, mal successo huuiera. El noble cauallero mexicano le acompañó y lleuó al Conuento de San Francisco. Destroçaron y hurtaron quanto pudieron de Palacio, y de tropel dieron en la casa del que era principal Consejero del Virrey, y hicieron lo mismo. Fue prouidencia de Dios no sauer dónde estaua el Virrey, y cosa de admiracion que vn pueblo alborotado no hiciese el mal que pudiera si quisiera. ¿Quién le quitara rouar las cassas de los hombres ricos, saquear las iglesias y templos? ¿Quién, que no afrentasen las mugeres honradas, y que no violasen los monasterios de las monjas, que todo estaua sin defensa? No solo no hicieron semejantes cosas, mas ni vna mançana de las tiendas abiertas donde se vende pan y vino, ni quitaron ni llegaron a cossa. No se alaua el successo, mas lo que no hicieron es digno de alauança, pues de cualquier particular lo engrandece el Espiritu Santo, que pudiendo hacer mal no lo hiço: pues mas dificultoso es tener la rienda a vn pueblo desbocado, y no hauer hecho y obrado grauisimos pecados en aquella ocasion. Ntro. Sr. miró por la ciudad de Mexico, singular en el culto diuino entre todas las del mundo, y podemos decir que no solo huuo ignorancia crasa, mas invencible, porque gente comun qué saue? sino que lleuados de piedad y religion, aunque se engañauan en pensar que la tenian, hicieron lo que se ha contado, y fue de manera que huuo muchacho que curandole de vn balaço que le dio de los que se tiraron de Palacio, de que murio, decia a los que se lastimauan de él que no les diese pena, que moria por la fee. Corrio la voz por todo el Pueblo que se hauia ido por el Arçobispo y que no parecia el Virrey, y con esto se so-

c 2

se-

segó, de manera que a las ocho de prima noche estaua la ciudad tan sosegada y sin rumor ni ruido, que parecia a los que lo viamos, imposible que borrasca tan grande se huuiese deshecho tan presto.

Fueron por el Sr. Arçobispo el Marques del Valle y el Marques de Villamayor, y su hermano, y vno de los señores inquissidores, y llegaron a vn pueblo llamado San Xpbal. Ecatepec, quatro leguas de Mexico, donde el Sr. Arçobispo se hauia hecho rehacio para que no le sacasen. Y para detener a los ministros que le llevauan se hauia valido de la iglesia, que es de Padres de San Francisco, y en ella, armadose de las vestiduras pontificales, teniendo en las manos el Santísimo Sacramento del altar. Assi hauia pasado vna noche sentado en vna silla junto al altar mayor. Llegaron aquellos señores, y dandole cuenta de lo sucedido en la ciudad, le trajeron a ella para que el Pueblo se quietase con su presencia. Entró en ella a las dos de la noche con innumerable gente, y la Cathedral y Conuentos, y todas las iglesias y monasterios repicaron las campanas, y fue la alegría tan grande, que no se puede explicar. Las luces de las calles y de las gentes hacian la noche dia, y parecia con el alegre sonido de campanas que era vna resurreccion de muerte a vida. A la mañana siguiente se puso el Santísimo Sacramento en público, quitose el *Cessatio a divinis*, y todos tan marauillados, que parecia sueño lo que el dia antes hauia pasado. Lo que daua cuidado era no sauer lo que se hauia hecho el Virrey. En algunos dias no se supo con certeza, hasta que la huuo que estaua en San Francisco. La Real Audiencia tomó el gouierno en sí en nombre de Su Majestad, a quien todos, grandes y pequeños, reconocieron con suma voluntad. El Marques de Gelvez se estuuo en San Francisco hasta que vino por Virrey el Marques de Cerralvo. El Arçobispo se embarcó para España, donde murio, Obispo de Zamora. Vino por Visitador de este suceso el inquisidor D. Martin Carrillo de Alderete, y solo vn pobre hombre fue ahorcado. Despues vino por Arçobispo D. Francisco Manzo y Zuñiga y trajo Cedula de nuestro Rey y Señor, fauorables, de él a esta Republica. Éste fue el caso, breuemente dicho. ¿Qué culpa resulta de él a esta ciudad? ¿Qué defectos a los que son de Mexico? ¿Qué deslealtad o qué falta de obediencia a su Rey y Señor? ¡Quántos, y mas graues y dañosos han sucedido en España, y se disminuyen! Éste se acrimina y exagera, pues todos los personajes que en él interuinieron eran de España: el Virrey, los Oidores, el Arçobispo, el cauallero que estuuo retraido. Lo que se descubre entre los nublados ruidosos de aquel dia, es vna luz que manifiesta lealtad a nuestro Rey y Señor, reuerencia al Prelado y Pastor, veneracion a la Iglesia, deuocion a los Santos Sacramentos, y principalmente al Santísimo del altar. Éste fue el suceso, dicho breuissimamente por no detenernos, y porque a nuestro intento importa mas la noticia de lo que dirá el capitulo siguiente.

CAPITULO DOS.

Cómo cumplió la Prouincia de Santiago de Mexico cien años de fundacion en el de 1626.

SIENDO Romano Pontifice la Santidad de Leon Decimo, y Emperador de Alemania Carlos Quinto, y reinando en las Españas el mismo Carlos, vnico de este nombre entre los Reyes de Castilla, Leon y Aragon, y quarto entre los Reyes de Navarra, el año del Señor, de mil y quinientos y veynete y vno, martes trece de Agosto, conquistó el valeroso Capitan Hernando Cortes y entró por fuerza de armas a la gran ciudad de Mexico, que en aquel tiempo era la mayor, la mas populosa y llena de gente que se conocia en el mundo, y con ella quedó sujeto a la Corona de España todo el soberuio Imperio Mexicano para rendir tan opulenta ciudad, Corte y asiento de los Emperadores de Mexico, teniendo el ceptro y mando Moctezuma el Segundo, que fue el noueno y vltimo Rey de Mexico, graue y seuro Principe, de gallardo ánimo, de extraordinaria potencia en las riqueças, de mucho valor y esfuerço en la guerra y de singular prudencia en la paz, y que tenia por vasallos muchos Principes y entre ellos mas de treynta que tenian a cien mill combatientes en sus Estados, y tenia mas de tres mill señores de tantos lugares y de innumerables vasallos. Despues de vn prolijo cerco hizo el famoso Cortes reseña de su gente y halló que tenia deuajo de sus banderas nouecientos y cinquenta y quatro españoles, ochenta y seis cauallos, diez y ocho piezas de artilleria (dos cosas jamas vistas de los indios), trece bergantines, seis mil esquifes, por otro nombre canoas, para combatir con ellos por las aguas de las lagunas. Tuuo tanuien trecientos mill soldados indios, amigos, tlaxcaltecos y de otras Prouincias, todos combatientes y gente de guerra, bien lucida, y armada de arcos y flechas y machanas, que son como montantes, aunque mas anchos, dardos y otras armas arrojadizas, y mas de otros docientos mill indios de carga para llevar los bastimentos y el bagaje del ejército. Con estas fuerças y esta gente se hizo la conquista de la gran ciudad de Mexico, y rendida ella, que era la cabeça del Nuevo Mundo y de su florido Imperio, quedó él para gran dicha suya sujeto a los catholicos y potentísimos Reyes de España. Luego que el maximo Cortes ganó la tierra, trató de que sus antiguos habitantes pudiesen ganar el cielo. Dio cuenta el fidelísimo vasallo al Emperador Carlos Quinto, nuestro Rey y Señor, de su buena fortuna, y de la infinita multitud de idólatras que hauia conquistado en el Nuevo Mundo, para cuya conuersion le suplicó enuiase predicadores euangelicos, tales quales pedia tan santo ministerio, y especialmente pidio viniesen Religiosos de las Ordenes de San Francisco y de Santo Domingo. El catholico Emperador dio noticia de tan grande y buena nueua al Romano Pontifice, y por las letras que de la Majestad Cesárea reciuio nuestro Generalísimo, dio patentes muy amplias y fauorables con authoridad apostolica para que Religiosos de las Prouincias de España que quisiesen pasar al Nuevo Mundo a predicar el Euangelio a los gentiles que en él habitauan, fuesen